

MONUMENTOS DE LA POESIA  
ARABIGO — ESPAÑOLA  
LA ELEGIA DE ABUL—BEKA

*Mariano Lebrón Saviñón*



UANDO las huestes de Tarik invadieron y conquistaron Andalucía, abriendo el camino para la casi total conquista de España, traían en los sangrientos pabellones de victoria, los vientos de una espléndida civilización. Mientras Europa se debatía en las tinieblas del medioevo, concentrando todo el saber en el reducido ámbito de los monasterios, los pueblos árabes se adelantaban algunos siglos al Renacimiento, sembrando a su paso una espléndida semilla de sabiduría que dio renuevos y fructificó muy prontamente.

El árabe de la conquista, que había dejado sus idólatras pasiones por el símbolo de la media luna, y que había enriquecido su espíritu con el oro de una nueva religión, cambió las lonas de sus tiendas por el esplendor de las ciudades, y mirándose en el espejo del Corán, se lanzó por el mundo a diseminar las enseñanzas de su Profeta. Un milagro de Dios, más que los hombres de Carlomagno, libró a la Europa cristiana de la conyunda oriental. Aun así, durante casi ocho siglos mantuvo España una lucha sin cuartel, defendiendo su fe, aunque para decir verdad, si no se quebraron los brazos de la cruz de Jesucristo se debió, más que a otra cosa, a la inmensa tolerancia del dominador, que dejó medrar la iglesia y el convento al lado de la mezquita, y no se inmutó por el lamento de la oración cristiana, mientras se oían las invocaciones del muecín.

Dejamos para más adelante el estudio exhaustivo de la civilización arábigo-andaluza. Por ahora nos detendremos en un poeta, en un auténtico poeta español, aun cuando escribiera sus

hermosas elegías en otra lengua: nos referimos al gran poeta andaluz Abul—Beka.

FUNDAMENTOS DE LA POESÍA ARABIGO—ANDALUZA.— La poesía árabe es esencialmente lírica, con un amplio predominio de imágenes, distintivo de toda la lírica oriental. El chino, como el indio, y así también el árabe, se complace en las comparaciones, las que surgen de un sereno contemplar de la naturaleza. Véanse no más las hermosas imágenes del “Cantar de los Cantares” (donde se comparan los senos de la amada a “dos cabritos mellizos” que apacientan entre azucenas), el más bello poema de amor, el cual el misticismo ha transformado.

El árabe es poeta por excelencia. Cuenta la historia que cuando en una familia descollaba un poeta, desde joven recibía los tributos de la admiración de la tribu, se le agasajaba, y se exaltaba su nombre entre todos; los familiares del cantor ganaban preferente nombradía, y con el correr del tiempo el poeta alcanzaba privilegiada posición, gracias a la privanza de un agreste mecenas del desierto.

El primitivo árabe, habitante de los cálidos desiertos de dura arena, era de alma nostálgica y rebelde, por mor de la soledad, y, como tal, su canción era quejumbre, dolorosa melodía, melancólico plañir. Su ley no era otra que la del vagar, al raudo paso del corcel, cuyos casos no temían la arenosa vastedad.

Los árabes eran libres, indomeñables. Alejandro murió antes de ejecutar su plan de someterlos, y las legiones romanas, tras infructuosos intentos, decidieron que esos vagabundos del desierto eran invencibles.

También era acicate para el estímulo poético la modulación del idioma (1), maleable a todos los ritmos y sonoro para la canción; modelable en el decir de filólogos, para exaltar las voces melódicas de la naturaleza.

Un acontecimiento vino a conmover la existencia nómada del árabe, a arrancarlo del yermo, y a emprender otra vida de bregas y conquistas: la aparición de un hombre singular, que osó parearse con los grandes profetas, incluso con Jesucristo: Mahoma. Excepcionalmente dotado, tocado de la gracia divina, pasó de simple negociante (2) a confidente de ángeles e iluminado por Dios para sembrar la fe entre los de su raza.

Tenía el don de la palabra persuasiva y, haciendo creer que obraba por voluntad de Dios mediante la intervención del arcángel Gabriel, creó una doctrina y fundó una religión con tal arraigo, que



aún persisten y alientan en el alma de unos cuantos millones de hombres que reverencian al Profeta, con profunda fe.

Fortalecidos con tal acervo religioso, los árabes se desbordaron a lo largo de Africa, atentos a los dictados de Mahoma, quien les recomendaba diseminar la fe. Entonces ocurrió la horrible traición del mal nombrado conde Julián (3) quien para vengar agravios del rey Rodrigo, en su hija Cava (episodio que glosa Fray Luis de León en la "Profecía del Tajo") trajo las hordas conquistadoras, que se derramaron por toda Andalucía.

Allí tuvo lugar la gran transformación. El cambio de las arideces que dejaban atrás por el inmenso oasis andaluz, suavizó sus espíritus, los enamoró y, más atentos a las estrofas de su poesía que a las Suras del Corán llovidas del cielo, no esperaron morir para ganar el paraíso, y lo hicieron allí, a la sombra de los olmos y las transplantadas palmeras, junto al rumor de las fuentes y bajo el primor de sus grandes arcos alicatados. Dejaron la quietud de sus tiendas por el boato de los cármenes españoles, y cuando creyeron que iban a someter a un pueblo ya entregado, España los conquistó.

Empezaron por mirar con nostálgico desdén la lejanía de sus tierras tristes, a tal punto, que, separados de la madre patria, en España crearon una nueva nación, la hispanoárabe, que brilló con luz potente en las tinieblas de la Edad Media.

Los árabes trajeron del desierto su canción, pero en España crearon un nuevo mundo poético, enriqueciendo su arte (el arquitectónico, sobre todo, en el que particularmente brillaron) con los elementos que tomaron del gótico imperante.

El árabe español cantó con nueva voz, y del gran rimero de poesías que escribieron (muchas de ellas inferiores a la gran admiración que provocaron en sus contemporáneos) quedaron, como indelebles monumentos, las de Al-Montamid y Abul-Beka, tan españoles como Boscán o Manrique.

LA LIRICA DE LOS ARABES.— Adolfo Federico Schack, en la hermosa introducción de su obra, dice:

"Nunca nación alguna se ha criado en suelo menos a propósito para la poesía, que los árabes. Arenosas y desnudas colinas que se pierden en lontananza; montañas pedregosas en cuyas grietas brotan zarzas y otras plantas miserables, escasamente regadas por el rocío de la noche; y sólo en raros sitios, por donde corre algún arroyo, tal cual palma o arbusto balsámico y un poco de yerba verde. Añádase a esto el huracán, que

levanta en torbellinos la ardiente arena, y el encendido sol, que vierte sus rayos abrasadores. Alguna vez, o bien cuando la tormenta anuncia y trae la por largo tiempo deseada lluvia, o bien cuando en la clara bóveda del cielo, profundamente azul, resplandecen verticalmente las Pléyades y la maravillosa estrella de Canopo, hay un cambio en la triste uniformidad” (4)

En esas tierras, por los siglos, además del guerrero, audaz jinete que conoce los más escondidos recovecos y los más apacibles y apartados oasis, pasan, como sombras tristes, a lomo de gibados camellos, las caravanas de pastores o beduinos, apegados tanto al duro mar de las arenas (5), que se permiten mirar con desdén al hombre de la ciudad, a quien adivinan trajinando en oscuros recintos, ajeno a la maravilla del sol y del viento, juguetón y alegre, entre los pliegues de sus turbantes.

Aun así, en ese panorama tan poco acogedor que nos describe el sabio orientalista alemán, la poesía floreció en forma de versos aislados que improvisaban rústicos juglares, ante el asombro de las multitudes que los escuchaban. Esos trovadores errantes, eran escogidos como príncipes, a la sombra de algún generoso señor que se permitía tenerlos a su arrimo, brindándoles vino y pan, y regalándoles sin tasa por el solo motivo del deleite de sus versos. Allí se estaba el poeta corto trecho, hasta que, al llamado de su vida errante, se partía en busca de un nuevo techo donde cantar sus felices improvisaciones.

Dicen las crónicas árabes que muy cerca de la Meca había una pequeña ciudad, famosa por su feria, que atraía personas de los puntos más distantes y que se celebraba al comenzar los tres meses santos; ese pueblo era Ocaz. Durante esos días eran prohibidas las riñas, la ejecución de juradas venganzas, el despertar de odios dormidos. Por un precepto religioso, que los árabes cumplían fielmente, los límites del pueblo eran sagrados. Allí acudían los poetas, muchos de ellos guerreros también, y en magníficos torneos líricos recitaban sus versos, unos loando las glorias de sus antepasados, otros exaltando las virtudes de sus tribus, otros describiendo jornadas épicas en las que les había tocado ser héroes. (6)

El público estaba atento tan sólo a las excelencias de los versos que escuchaba, hasta que escogía a un poeta como triunfador; entonces sus versos eran galardonados con la gloria de escribirse en



seda, con letras de oro, para suspenderlos en los muros de la Caaba, (7) el más viejo de sus santuarios.

Iguales certámenes se celebraban en otras ciudades y ferias, poniendo de relieve la pasión por las letras de los legendarios hijos del desierto, descendientes de Abraham y de Agar y de su hijo Ismael.

Además de la gloria y del fragor de las batallas, los árabes cantaban al amor, a la mujer como perfección humana; al agua, como venero de la vida en el descanso de los oasis, y a la palma, considerada sagrada desde que a su sombra descansó Agar, con su hijo en brazos, cuando iba camino a su remoto país.

La aparición de Mahoma, con su palabra dulce, creó un nuevo concepto, digamos místico, en la poesía; Mahoma se decía inspirado por Dios, pero en sus prédicas no vacilaba en verter conceptos del antiguo y nuevo Testamento, presentaba la límpida figura de Jesús y la iluminada de Buda, como precursores, y modulaba con unción sus palabras: en su voz adquirió el idioma hermosas resonancias.

Fue así como un poeta, Lebid, triunfador en una de esas ferias mencionadas, ya promediando su vejez, fue enviado por su tribu como embajador cerca del profeta; todavía Mahoma libraba una enconada lucha para tratar de imponerse, y aún sufría el menosprecio de muchos. Y Lebid lo encontró hablando frente a una multitud, transmitiendo el musical mensaje de sus Suras; entonces sintió que su poesía había sido superada en mucho por la magnificencia de este mensaje, y no escribió más; pero se hizo sectario del Islam.

Notorio es en este pueblo su admiración por lo maravilloso, sus golpes de fantasía que lo hacen llegar a la región de lo divino.

Escuchemos lo que decía Lamartine:

“La Arabia, comprendidos los hebreos, los persas y casi todo el Oriente de la zona próxima a Europa, es superior en imaginación: es la raza de lo maravilloso, la tierra de los sueños, un lecho de adormideras donde se sueña despierto con el mayor encanto y poesía. En ninguna parte se cuentan con mayor elocuencia esas descripciones quiméricas que flotan en la imaginación como nubes sonrosadas y transparentes bajo un cielo sereno. Todos los narradores de cuentos, esos poetas populares del aduar son árabes o persas, y todos nuestros cuentos vienen de Bagdad” (8).

A expensas de los árabes la Edad Media se iluminó; cuando se lanzaron por el mundo a expandir sus doctrinas, llevaban en sus estandartes el soplo civilizador. Resumían toda la sabiduría oriental y

lo mejor de la occidental; sus médicos, los mejores del mundo, traducían del griego y del latín las filosofías hipocrática y galénica, creando su propia escuela, de la cual Avicena y Razis son maestros de relevantes méritos. (9) Toda esta sabiduría se acumuló, no tanto por las prendas propias de los árabes, sino por un afán de saber que les hizo buscar con avidez las fuentes de la sabiduría donde existieran, dadiendo generosamente a sabios de Persia, así como sirios y judíos para que trajeran a su idioma los modelos griegos, latinos y hebreos, y que a su vez hicieran traducir al latín los textos árabes, para difundirlos por Europa, de manera tal, que muchas palabras que fueron dejadas en los textos en su forma original, por falta de equivalentes, hoy se siguen usando sin modificar. (10).

Ellos fundaron la Química, que desde entonces va estrechamente unida a la Medicina. Haggard dice al respecto:

“Los químicos árabes descubrieron sustancias tan importantes como el alcohol, el ácido sulfúrico, el nitrato de plata y el bicloruro de mercurio; pero no fue el hecho de que se llegaran a descubrir tales sustancias lo que realmente tuvo una influencia sobre las generaciones posteriores, sino la filosofía que venía detrás de esa química árabe” (11).

Los señores poderosos asalariaban grandes poetas y los reyes se ufanaban de tenerlos en su corte.

Cuando Carlomagno se enseñoreaba en Europa como fundador de la gran monarquía franco—romana, Harun al—Rashid esplendía en Bagdad y en España Abderraman I fundaba el gran emirato de Córdoba, pareándose en poder con los otros dos, y en esplendor con el conocido monarca oriental. Y mientras en Europa privaba la ignorancia, y el mismo Carlomagno apenas si sabía leer, en Bagdad y en Córdoba se multiplicaban las escuelas, se hacía de la enseñanza fruto común, y se asistía a un magnífico Renacimiento (permítasenos la palabra) de la Cultura.

EL CORAN.— ¿Por qué a la sombra del Corán floreció de tal manera el saber? Porque consagraba un párrafo de sus Suras al deber que tenía todo árabe de enseñar al que no sabe.

¿Y qué es el Corán? Es el libro sagrado de los árabes, su Evangelio, el resumen de las doctrinas de Mahoma; o dicho de otra manera, es el libro que recoge las palabras que Dios le dictó a su Profeta por medio del mensajero Gabriel, en su recóndito refugio del monte Hera. (12)



El Corán está concebido como un poema, un hermoso poema, donde se invitará al bien y la meditación, así como a la adoración de un solo Dios, único reinante en el cielo y en la tierra, padre de lo creado, de Buda y Abraham, Ismael y Jesucristo. Su aparición trajo consigo la entronización de una nueva religión, el mahometismo, que hoy profesa la mayoría de los pueblos árabes.

Acerba crítica ha merecido por parte de los cristianos, y algunos hasta han dado en reír con el contenido de las Suras. Rainecio ha dicho que el Corán es una mala rapsodia, un verdadero centón hecho de trozos que no guardan entre sí armonía; y ha dicho más, que se trata de una colección de fábulas pedestres, las cuales se repiten con agotadora monotonía. Por su parte Bochart, que vierte contra el libro sagrado de los árabes acibaradas gotas de crítica, lo califica como falto de sentido y por ende incapaz de seducir a nadie; en tanto que Hinckelmann afirma que un día los mahometanos se avergonzarán de él. (13)

No sabemos por qué lanzar tan amargas afirmaciones sobre un libro que, sin contar con las excelencias de la Biblia, el libro de los libros, tiene páginas conmovedoras, capaces de hacer arrodillar nuestra alma. No podían darnos las Suras el caudal de sabiduría que atesoran los Proverbios, ni el encendido mundo de bellezas estremecientes de los Salmos. No podían Mahoma, ni ninguno de los que le rodeaban, dar la talla intelectual de David, no en vano considerado el primer lírico de la poesía sagrada.

Pero Mahoma bebió en buenas fuentes; el agua que apagó su sed fue la más pura y refrescante, y transmitió a sus palabras muchas de las doctrinas del cristianismo perfecto.

He aquí los Mandamientos en los cuales se condensa toda la religión del Islam: creer en un solo Dios; no jurar su Santo Nombre en vano; creer en el juicio final y en la resurrección de la carne; pagar el diezmo; ayunar todos los meses de Ramadán; no prestar con usura; no calumniar ni ser maldiciente; sufrir con paciencia los males que nos afligen; no desconfiar de la misericordia de Dios; renunciar a la vanidad y a Satanás, enseñar al que no sabe; amparar al huérfano, y alabar incesantemente a Dios.

Y consagraba al creyente palabras tan bellas como las siguientes de la Segunda Sura:

“Los que dejan el camino verdadero y siguen el error, no esperan galardón alguno. Se parecen a los que encienden una hoguera, y cuando el fuego

luce en torno, Dios la apaga, y los deja en tinieblas, y no ven. Quedan sordos, ciegos y mudos, y no pueden volver atrás. Y son como peregrinos durante la tormenta, cuando trueno y relámpago caen del cielo, cubierto de oscuras nubes. Y por no oír el estampido del trueno se tapan con los dedos las orejas; pero Dios tiene a los infieles en su poder; el relámpago los ciega. A veces mientras brilla caminan a su luz, pero se desvanece en las tinieblas, y se paran. Si Dios quisiera los cegaría por completo y les quitaría el oído, porque Dios todo lo puede". (14)

Y estas otras de la Sura XIX consagradas nada menos que al fundador del cristianismo:

"La paz me ha sido dada desde mi nacimiento y me acompañará en mi muerte y resurrección. Así habló Jesús, verdadero hijo de María, del que numerosos hombres han dudado".

Y en otra parte:

"Creemos en Dios, en el que nos ha enviado y en lo que ha revelado a Abraham, Ismael, Isaac, Jacob y a las doce tribus; creemos en los libros santos que Moisés, Jesús y los Profetas han recibido del cielo; no hacemos ninguna diferencia entre ellos: somos musulmanes".

No. El Corán no traía el mensaje divino, gratamente consolador y de honda raíz universal de nuestros evangelios; le faltaba a Mahoma el toque celeste, el soplo divino de Jesús, su mansedumbre, su renunciación, su entrega total que culmina en el Gólgota; pero no podemos negarle un cierto poder (¿por qué maléfico?) de seducción, que, sin llegar a las alturas de Gautama, supo sembrar en tierra fecunda. Comparado, no ya con cualquier libro de la Biblia, (aún con el monótono y pesado libro de Esther), sino con el hermoso y profundo Evangelio de Buda, de honda filosofía, el Corán se queda corto. En cuanto a bellezas poéticas, las Suras, con su sencillez e ingenuidades, no pueden compararse a los Himnos védicos, de imágenes atrevidas y volanderas, como el Himno al Dios Desconocido (15), verdadera joya de la literatura universal; pero lanzarle los improperios que algunos despechados e intransigentes le enrostraron, es una injusticia.

Se explica el asombro y entusiasmo que provocara el Corán con sus imágenes deslumbradoras, en el alma sencilla y poética de los



árabes. El poeta dejó de mirar la tierra y de cantar los simples afectos, voló por cielos desconocidos, se perfumó de una nueva concepción, como de un misticismo arrobador... Sonó a oración crepuscular, a zahumerio de amor; el árabe, en sus cantos, volvió los ojos a Dios.

**GENEROS POETICOS QUE FLORECIERON EN LA ESPAÑA ARABE.**— Las Muallakat eran pequeñas composiciones destinadas a loar las grandezas de los clanes, así como las empresas guerreras y conquistas; era una especie de género juglaresco, que se confiaba a las improvisaciones. Luego se empezaron a componer poesías más extensas o kasidas, en las cuales el poeta invitaba a sus amigos a llorar con él en el amante suelo donde moró su amada.

En España florecieron la épica y la elegía.

En el género elegíaco se destacó Abul—Beka, indudablemente el más grande poeta hispano—arábigo, aún por encima de Al Motamid, a quien tanto pondera la crítica.

Al principio los poetas de Bagdad se sorprendían al conocer los arrestos líricos de sus hermanos de España; querían sentirse mentores y orientadores de éstos; pero ¿acaso no encontraron ellos una civilización en marcha cuando llegaron a la península? ¿O fue el sol de Andalucía y sus inolvidables cármenes, sus acequias rientes y manantiales bullidores los que enriquecieron y modificaron el alma de los árabes? Lo cierto es que en la Edad Media no hubo una época literaria más brillante que la que reinaba en España.

Varias colecciones se han conservado, las cuales suman unas centenas de poemas que han sobrevivido, a pesar del afán de olvido sobre el arte árabe que ha primado, sin que nada lo justifique; entre otros la “Hamasa”, el “Diván de los Hudseilitas”, el “Libro de la Bandera de los Campeones” y “Los Jardines”.

Los señores de España no se quedaron atrás en su favores, y, a semejanza de los califas de Oriente, los Omniadas, dinastía que se inició con el primero de los Abderramán, fundador del emirato de Córdoba, se complacían en tener a su lado grandes poetas, a los cuales gratificaban con largueza; copas de oro y colgaduras de Damasco, palacios magníficos y esclavos servidores, eran regalos comunes en premio de un bello poema. (16).

Como un ejemplo de la facilidad de versificación del árabe andaluz, tenemos la antología “Los Jardines”, escrita por Ibn—Ferradsch, compuesta por 200 capítulos, y en cada capítulo

cien dísticos exclusivamente de autores andaluces; y como ejemplo de los vuelos de su imaginación tenemos "El Libro de la Bandera de los Campeones" en la bella traducción de García Gómez.

De un hermoso poema arábigo copiamos los siguientes versos:

*No bien el sol se hundía entre celajes de oro  
Y mostrara la luna su claro resplandor,  
Me prometió la dama gentil a quien adoro  
Venir a mi morada en alas del amor.  
Y vino como viene la luz de la mañana  
Cuando nace en Oriente y dora y besa el mar  
Aérea deslizándose, y cual rosa temprana  
El ambiente llenando de rosas al pasar. (17)*

Nótese la imagen, desusada en la época en que se escribió el poema, que aprovecharán los románticos, varios siglos después. Cuando el poeta compara la aparición de amada a la aurora, y le atribuye además, a la aurora, el don de dorar el mar, aparecen por primera vez en la poesía europea elementos de comparaciones que enriquecen el decir poético. Serán los genios del siglo de oro español quienes se aprovecharán de estos elementos de belleza: es Góngora (18), es Manrique, son los anónimos artífices del romancero español. Quevedo, sutilizando aún más la imagen, quitándole el dato explicativo, llamará al sol auroral (o crepuscular) "platero de las cumbres". Platero es el sol en ambos casos; en uno, dora el mar; en el otro, las cumbres. Traemos la semejanza coincidental, porque el verso del español ("Bermejazo platero de las cumbres") es insuperable. Buscad otro igual en toda la lírica española y no lo encontraréis, a no ser en el mundo maravillado de Góngora.

En los cantares mostraban los musulmanes la misma ingenuidad y lozanía. El siguiente tiene sabor de "seguidilla", que seguramente pierde en su traducción alemana, pero que readquiere en la castellana, cuando Valera le imprime este metro:

*En el cielo la luna  
Radiante luce,  
Pero pronto se vela  
De negras nubes.  
Que el ver tu cara  
Envidiosa se esconde  
y avergonzada.*



*Una eternidad dura  
La noche triste  
Para el enamorado  
Que llora y gime;  
Mientras él vela,  
Ni queridas ni amigos  
Oyen su queja.  
La desdicha me tiene  
De ti muy lejos,  
Mas a tu lado vive  
Mi pensamiento:  
Tan dulce imagen  
Vagando ante mis ojos  
Llorar me hace.*

No hay elevación de pensamiento, pero ¡qué frescura! ¡Cuánta limpidez y blandura en la dureza de la Edad Media! Igual limpidez revela este cuarteto, que suena a copla, y que muy seguramente sirvió de modelo a los primeros trovadores castellanos, quienes no fueron ajenos a la dulcedumbre del coplero arábigoandaluz:

*Si en los jardines que habita  
Me impiden ver a mi dueño  
En los jardines del sueño  
Nos daremos una cita.  
(Ibn-Derradsch)*

En España florecieron estos poemas de rendida adoración a la mujer, porque el árabe que llegó a la península chocó con la dura moral del cristianismo, donde la mujer no era un juguete del serrallo, sino un sér de verdad y delicadeza, de hermosura, como antes no había visto. Brotó la flor del amor frente a un sér de perfecciones, la mujer española, admirada y bendita, en contraste con la árabe que perdía importancia en el montón del harem. Aunque polígamo, el árabe tenía un concepto cabal de la tolerancia y el amor, era prototipo de la caballerosidad, y en España apuró el acíbar del desdén y el tibio almíbar del amor sin esperanza.

El poeta idealiza a la mujer, la cubre de hipérbolos, y para hacerlo usa las más bellas imágenes:

*más las flores*

*Que de tu seno y ojos seductores  
Y de tus frescos labios yo robaba.*

.....  
*De tu boca en el centro purpurino*

*Fue entonces limpia y rutilante espada,  
Y fue bruñido acero tu figura  
Al desnudar la rica vestidura  
Tan primorosamente recamada.*

.....  
*Toqué con ambas manos*

*Toda la perfección de tu hermosura,  
Anchas caderas y cintura breve,  
Y dos alcores cándidos, lozanos  
Que separan de un valle la angostura  
Y que están hechos de carmín y nieve.*

*(Ibn-Chafadsche)*

Robar flores del seno, es cosa que se ha repetido en la lírica universal; mas, comparar los ojos con flores, es metáfora atrevida, violenta, que quizás tenga extrañas resonancias en los oídos amusicales. La metáfora se transforma por medio de los senos floridos, pues bien puede el poeta robar flores del seno que se reflejan en el cristal de los ojos y parece que al tocar los lirios blancos, también toca flores en los ojos. El decir popular se complace en estas comparaciones, con las cuales se le imprime un nuevo aroma a los versos, y en una población del Sur de nuestro país escuchamos cantar la siguiente copla en una fiesta de velación:

*¡Qué bonita Virgen  
la de las Mercedes!  
Los ojitos de ella  
parecen claveles.*

Todavía el poeta, avanzando en el poema, llega, audaz, a una



zona casi vedada, pues desnuda a la amante, sin recato, y en una visión sensual, la fija como un acero bruñado (“Y fue bruñado acero tu figura”), tras de gustar el amor en la limpia y rutilante espada que se esconde en el centro purpurino de sus labios. La espada, en el poeta árabe, es sierpe en el soneto gongorino, el cual transforma, igual que el árabe, los labios en flores:

*Pues entre un labio y otro colorado  
amor está de su veneno armado  
cual entre flor y flor, sierpe escondida.  
(Góngora)*

Mas, la visión amorosa y enervante de los senos de la amada sigue fija en la mente, siempre idealizada, con todo lo que tienen de sugerentes y bellos.

*Y dos alcores cándidos, lozanos  
Que separan de un valle la angostura  
Y que están hechos de carmín y nieve.*

¿No os recuerda la misma visión simple del poeta del “Cantar de los Cantares”, que ve en ellos dos cabritos blancos en un valle de azucenas?

*Tus dos pechos, como dos cabritos mellizos de gama  
Que apacientan entre azucenas. (19)*

La candidez está dada aquí por los cabritos.

De modo que el español transforma los cabritos bíblicos en dos alcores blancos (carmín y nieve), y las azucenas que aquellos pastan, en un valle, desde luego que blanco también, aunque angosto.

Coincidencia poética la de nuestro Fabio Fiallo, que en lugar de cabritos, ve rosas en los alcores, y transforma el valle en un calvario (porque entre los dos senos cuelga un crucifijo pendiente de una cadena):

*Sobre la tentación de ese calvario  
hecho en las dos colinas de un rosal.*

El comedimiento que muestra el árabe frente a la mujer, el mundo de bellezas que le sugiere, es prueba del nuevo concepto bullente en el alma de los señores andaluces. El árabe del desierto que ama, hace una hoguera de ese amor, un río irrefrenable que va a su objetivo: y rapta a la mujer de sus sentidos, o la merca en la venduta de esclavas, y la lleva a su harem como una más. En Andalucía, la sombra suele ser cómplice de recatadas citas, entre cármenes y boscajes, junto a cantarinas fuentes, como en esta "Cita Nocturna", que vertemos íntegra:

*Recatándose medrosa  
De la gente que la espía  
Con andar tácito y ágil  
Llegó mi prenda querida.  
Su hermosura por adorno  
En vez de joyas lucía.  
Al ofrecerle yo un vaso  
Y darle la bienvenida  
El vino en su fresca boca  
Se puso rojo de envidia.  
Con el beber y el reir  
Cayó en mi poder rendida.  
Por almohada amorosa  
Le presenté mi mejilla.  
Y ella me dijo: En tus brazos  
Dormir anhelo tranquila.  
Durante su dulce sueño  
A robar mis besos iba;  
Mas ¿quién sacia el apetito  
Robando su propia finca?  
Mientras esta bella luna  
Sobre mi seno yacía,  
Se oscureció la otra luna  
Que los cielos ilumina.  
Pasmada dijo la noche:  
¿Quién su resplandor me quita?  
Ignoraba que en mis brazos  
La luna estaba dormida!*



El poeta ha descubierto un nuevo mundo: Sevilla, Córdoba, Granada; son una sonrisa en la tierra, son cascabeles llovidos del cielo y hechos ciudades sonajeras en el clangor de las sonoras primaveras.

Y se extasía frente a los naranjales de Sevilla:

*Entre ramos de esmeralda,  
Como globos de rubíes  
Parece que las naranjas  
Ya maduras se derriten,  
Y vino puro y dorado  
Del fresco seno despiden  
Mientras que suavemente  
Las mece el aura apacible.  
¿Quién, como en puras mejillas,  
En ellas besos no imprime? etc.*

Y en ese deseo de besar las naranjas, comparándolas a mejillas de niños o de virgen, puesto que “pura mejilla” ha de ser mejilla tierna, se ve como en todo (hasta en un dorado fruto que cuelga entre esmeraldas) hay un anhelo carnal, todavía lejano de las cosas del cielo.

También canta a las aguas, que tanto amara Debussy, a las aguas corrientes, elemento sensual presente en muchas de las imágenes de la poesía árabe, desgranando metáforas, como Dios riega estrellas en el cielo:

*Ya bogamos por el río  
Que fulgura como el éter;  
Las ampollitas del agua  
Son como estrellas lucientes.  
Su negro manto la noche  
Sobre las ondas extiende,  
Manto que el sol con sus rayos  
Bordó primorosamente.*

De nuevo aparece el sol, no ya dorado, sino bordando el manto de la noche, mientras sobre otro manto (la noche del río), recorren vagarosas estrellas de agua. Es posible hacer de las ondas, cielos; de

las burbujas, estrellas. Góngora hará de un río una inmensa cítara, y Fray Luis de León, del Tajo, un gran profeta, tirado en su lecho de guijas y arenas, que se levantará frente a Rodrigo (“el río sacó el pecho”), para enrostrarle toda la tragedia que traerá a España su pecado de seducción.

También los árabes cantaron (¿cómo no, si Andalucía es un jardín?) a la rosa; la rosa como suma de perfecciones, como nuncio de alegría y primavera.

*Más rico olor por perlas  
Al alba ¿quién envía?  
¿Quién hay que en hermosura  
con la rosa compita?  
Acepta el homenaje  
Con modestia sencilla  
Cuando las otras flores  
Al mirarla, se inclinan,  
Su beldad adorando  
O muriendo de envidia.  
Salud ¡Oh, primavera!  
Cada rosa que brilla  
Al abrir su capullo  
Anuncia tu venida.  
No eres cual otro nuncio  
¡Oh, rosa purpurina!  
Con mayor gloria el cielo  
Te adorna y califica.  
Las nuevas que tú traes  
Son claras profecías.  
Si tu tallo perece  
Y si tú te marchitas,  
Eterna es la que anuncias  
Primavera florida.*

La rosa del poeta es la rosa eterna, la que brilla anunciando canora primavera. ¡Cuántos han cantado la rosa después, y aún con más fortuna! Desde la “pura encendida rosa” de Rioja, hasta nuestros días. La rosa de Francisco Rioja es efímera; “émula de la llama”, se apaga como un soplo, pues sólo dura lo que un breve y



veloz vuelo. ¿No es efímera también la rosa de Calderón, que esplendiendo con pompas y alegrías en la mañana, ya en la tarde muere? En España está presente la rosa, con sus pétalos encendidos, a lo largo de toda la lírica: la rosa del dolor, la rosa del amor, la rosa de la muerte, trágica visión que brilla en el jardín de la lírica lorquiana.

Hay una rosa múltiple, francesa, la de Desnos, que va desde el mármol al hierro, en una gama alucinante, y hay la rosa dolorida de Laforgue. La rosa del poeta árabe cuando muere no deja en el aire un hueco de soledad que nada llena, como la de Mises Burgos; la rosa árabe deja su rastro, su rastro luminoso, el rastro de la eterna primavera.

LA METAFORA EN EL POEMA ARABIGO ESPAÑOL.— Cuando en la lírica mejor del Siglo de Oro apareció el recargado mundo de metáforas e imágenes de Luis de Góngora y Argote, mil paréntesis de azoro enarcaron las cejas del asombro. La novedad gongorina no era que desorientara, sino que exaltaba, y provocaba mil sartas de improperios en los que no podían tocar la cima donde el mal llamado “ángel de las tinieblas” se enseñoreaba. En este aspecto el poeta andaluz era señero. Y aunque le criticaron con acerbo rencor (Lope, ese “monstruo de la naturaleza” que apuró las aguas de todos los modos poéticos, no le podía perdonar a Góngora la primacía de sus arrestos novedosos), los más encumbrados poetas pasaron en su lírica por esta etapa de “oscuras luminosidades”, de anheloso buscar por el bosque hermoso y escondido de las metáforas. Góngora gustó la polifonía de la soledad petrarquesca, y refleja ese mundo melódico en su “Polifemo”, ese monumento, mal gustado aún, de la lírica española; pero buceó también (y muy particularmente en sus “Soledades”) en las aguas siempre límpidas, siempre frescas y estremecientes siempre de la lírica árabe—andaluza. El dato es ya apuntado por García Gómez en su traducción de “El Libro de la Bandera de los Campeones” y puntualizado, magistralmente, por Dámaso Alonso, en su ensayo “Poesía gongorina” (20)

La Antología fue escrita por Abensaid (Ibn Sa'íd al Magribi) en 1243, para Musaben Yagmur, poderoso Mecenas a quien conoció en El Cairo, cuando errante por el norte de Africa, el avance de Fernando el Santo lo hizo huir, paseando su saber por el mundo árabe, hasta Siria. Era Abensaid de sangre noble; culto e ingenioso, amoroso del saber, y es fama que escribió su libro en diez días.

En 1942 se publicó la traducción de Emilio García Gómez, catedrático de árabe de la Universidad Central, Instituto de Valencia, de don Juan en Madrid. Quien quiera edificarse bien acerca del interesante tema del contenido metafórico del "Libro de las Banderas" debe leer el trabajo del gran ensayista español; aun así, siguiendo sus pautas, vamos a dar algunos ejemplos.

Abensaid cita la siguiente metáfora propia, que da como sir precedente:

*"El río es un papiro donde el céfiro va trazando sus líneas.  
Cuando la bella escritura queda al descubierto, las ramas se  
inclinan a leerla".*

He aquí la imagen bella, agotada hasta el último sorbo, donde el ondaje del río, que pliegan los dedos del céfiro, es una escritura de bellezas, que sirve, no ya para el deleite de los hombres, sino de los flexibles arbustos cuyas ramas, al influjo del propio autor, (el céfiro) se inclinan a leer. Son los juncos de la orilla, las gramíneas que bordean los remansos, los bambúes balanceantes, los grandes lectores de las aguas. La imagen es completa, pero se puede simplificar, quitándole algunos datos explicativos: "sobre el papiro del río se inclinan a leer las ramas", y todavía menos: "Las ramas leen en el río". He aquí las especulaciones que pueden surgir de la fecunda mentalidad poética.

Pero todavía los árabes siguen especulando con el río y las ramas; ahora las ramas no leen; hacen más, besan:

*"Y entonces, cuando la sonrisa ha descubierto  
la hermosa dentadura, inclínanse  
las ramas enamoradas a besarla"  
(Abel—Al—Raia)*

Y aquí deben ser más flexibles los junquerales para que los dientes de las ondas dejen en las ramas la húmeda caricia de su beso. Mas también puede ser, por gracia de la metáfora, de boca de los copudos árboles el beso: ¿no hay acaso contacto de ondas y hojas, en el lecho del cielo, y en el profundo rostro de las aguas? Del propio Abensaid es la siguiente cuarteta:



*Dulce tesoro, tu boca  
Es de perlas orientales,  
Es un cerco de corales  
Lleno de aromas y miel.*

Después de saborear este mínimo licor, en copa de oro, como servido por el garzón de Ida ¿no os sale de nuevo al frente Góngora, ese ángel de luz que mostró a España, aun en el esplendor del siglo de oro, el fantástico orbe pequeño de luz de la poesía arábiga? Oíd:

*La dulce boca que a gustar convida  
Un humor entre perlas destilado.*

Lo que es “boca” en el andaluz español, en el arábigo andaluz es “tesoro” y es “cerco de corales”; las “perlas” simples gongorinas, son orientales en Abensaid; “humor” simplemente llama Góngora a la miel. Ved, ved cómo se remoja en el siglo diez y seis la lírica feliz del trece.

Otros ejemplos que nos ilumina Dámaso Alonso: Ali—ben—Lubal dice: “Se persiguen los barcos llevados por los pies de los remos”, y Góngora simplifica la imagen de su “Soledad” primera: “Cristal pisando azul con pies veloces”.

Así describe el gallo Góngora, cuando habla de la gallina:

*....Cuyo lascivo esposo vigilante  
doméstico es del sol nuncio canoro,  
y —de coral barbado— no de oro  
ciñe, sino de púrpura, turbante.*

En Toledo, y en el siglo XI, Abenbilita lo describió:

*“Para anunciar la muerte de las tinieblas se alzó  
el ave adornada con una amapola y que hace girar  
para nosotros la centella de sus ojos.  
Parece que el emperador de Persia le ciñó su co-  
rona y que María la Copta....le colgó... las arra-  
cadas.....”*

“Nuncio doméstico del sol” le llama Góngora. “Clarín del alba” le llamará Shakespeare; el árabe “nuncio del morir de las tinieblas”.

Y para concluir con las descripciones de las metáforas, adelantemos un paso, caigamos en el romanticismo, en la lírica exaltada de Espronceda, cuando en su “Canción del pirata” dice:

*“Son mi música mejor  
aquilones,  
el estrépito y temblor  
de los cables sacudidos...”*

que antes acarició los oídos al árabe:

*“no me déis otras canciones  
que el relincho de los caballos pues es mi música...  
Tened sobre el ardiente suelo mi silla de montar  
pues es mi lecho, y el ondear de las banderas  
que es mi tienda”.*

voz que resonó después, y antes de Espronceda, en el romancero español:

*Mis arreos son las armas  
mi descanso el pelear,  
mi cama las duras peñas...(21)*

EL GENERO ELEGÍACO. En el género elegíaco fue donde particularmente brillaron los árabes andaluces. Antes había florecido la poesía del amor; se habían desplayado en arrestos bélicos, en largas y pesadas kasidas donde no existía esa flexibilidad ni galanura que en las otras manifestaciones líricas; cantaban con orgullo, con euforia, el amor de sus triunfos. En España el árabe apuró el dolor, la soledad, la tremenda soledad de los desesperados. España le dio a beber, en copa tosca, el tósigo alquitarado de la derrota, el destierro, la maldición de la ausencia; la nostalgia ila tremenda nostalgia del proscrito!

Y entre todo ese joyel de lamentaciones, pequeño Jeremías, Abul-Beka nos lanza la gigantesca gema de su elegía, desgarrada y negra como una noche de angustia en solariega vastedad.

Otro poeta humilla los hinojos y se le enfrenta a Dios, para implorarle, pequeño él, ante la Omnipotencia:



*¡Oh, tú, que el más oculto sentimiento  
sabes del corazón!  
¡Oh, tú, que en los trabajos das aliento  
y alivio en la aflicción!  
A quien se vuelve lleno de esperanza  
el corazón contrito;  
por quien el corazón tan sólo alcanza  
expiar su delito!  
Tú que viertes de gracias un tesoro,  
"Así sea" al decir:  
Escúchame, Dios mío, yo te imploro;  
mi voz dignate oír.  
Que mi propia humildad por mí interceda  
¡Oh, mi dulce sostén!  
Eres el sólo apoyo que me queda.  
Eres mi único bien.  
En mi abandono en tu bondad confío;  
a tu puerta he llamado,  
si no me abres, el dolor impío  
me hará caer postrado.  
Tú, cuyo nombre invoco reverente,  
si no das lo que anhela  
tu pobre siervo en oración ferviente,  
Señor, su afán consuela.  
Haz que no desespere en tanta cuita  
el pobre pecador,  
pues tu misericordia es infinita  
e inexhausto tu amor.  
(As Suhaili)*

¡Qué hondo grito! ¡De qué profundidad del alma surge esta voz cargada de pesares! ¿Misticismo en el árabe? Sí, hondura de dolor cuando los ojos vuelven a Dios el triste interrogante de su pena. Su mismo autor, As Suhaili, dice que cada uno que recite el poema con fervor, implorando desde el alma la gracia de Dios, colmará su deseo. Todavía hay esperanza en el dolor; pero llega la guerra a la puerta del árabe, la destrucción, la muerte. Córdoba, la alegre y luminosa, es arrasada; pasó la tempetad, pero entre las ruinas de sus palacios, como siglos después Rodrigo Caro frente a Itálica, el visir Ham—Ibn—Jewar, llorará:

*Tus salas y desiertas galerías  
Mis ojos contemplaban;  
Y pregunté: ¿Do están los que, otros días,  
En tu seno moraban?  
En mi seno, dijiste, breve ha sido,  
Muy breve su vivir,  
Ya se ausentaron ¿pero dónde han ido?  
No lo puede decir.*

Al Motamid, poderoso ayer, derrotado y vejado ahora, arranca los más tristes lamentos de la cítara, tras el rejado hueco de su prisión.

Pero nada se compara en hermosura, en transcendencia, en angustia, a la elegía de Abul Beka, cuando, tomadas Córdoba y Sevilla, es inminente la caída del Islam:

*Quando sube hasta la cima  
Desciende pronto abatido  
al profundo  
¡Ay, de aquél que en algo estima  
El bien caduco y mentido  
De este mundo!  
En todo terreno sér  
Sólo permanece y dura  
El mudar;  
Lo que hoy es dicha o placer  
Será mañana amargura  
O pesar.  
Es la vida transitoria  
Un caminar sin reposo  
Al olvido  
Plazo breve a toda gloria  
Tiene el tiempo presuroso  
Concedido.  
Hasta la fuerte coraza  
Que a los aceros se opone  
Poderosa,  
Al cabo se despedaza  
O con la herrumbre se pone  
Ruginosa.*



Todo se acaba en el mundo, ¡ay de quien se aferra con profundo amor a la vanidad del efímero y venturoso bien de este mundo! ¡Ay, de quien sólo confía en la fortaleza de esta vida transitoria, sin ver que aun la coraza que desafía al hierro, un día cede, por la acción del tiempo o de la herrumbre! Entonces ¡a qué la vanidad! Porque

*¿A quién la muerte perdona?*

*¿Del tiempo al andar impío*

*Qué no aterra?*

*¿De Salomón encumbrado*

*Al fin no acabó el poder*

*estupendo?*

*Siempre del seno del hado*

*Bien y mal, pena y placer*

*Van naciendo.*

*Mucho infortunio y afán*

*Hay en que caben consuelo*

*Y esperanza.*

*Mas no el golpe que el Islam*

*Hoy recibe en este suelo*

*Los alcanza.*

Parece que es Jorge Manrique quien se queja con la mejor voz de nuestro castellano; su mismo acento, su misma angustia, su mismo dolor, su misma honda filosofía. Fáltale a Beka todo el aroma de la filosofía cristiana, el rocío gratamente consolador de la verdad cantada por Jesucristo, de esencias más hondas y universales.

Pero ¿es que en el árabe no hay la misma angustia dolorosa?

Manrique pierde a su padre; la muerte lo extasía, lo fija en el centro del dolor, pero en lugar de entregarse al desenfreno del llanto sin asidero, piensa en las vanidades del mundo, en la pasada grandeza que abandona, en la omnipotencia e infinita piedad de Dios. El árabe no llora ante el cadáver de un ser querido, sino junto a las ruinas de un pasado de esplendor, del derribamiento de la gloria de todo un país, el avasallamiento de sus grandezas:

*Montes de escombros y desierto*

*No ciudades populosas*

*Ya se ven  
¿Qué es de Valencia y su huerto?  
¿Y Murcia y Játiva hermosa?  
¿Y Jaén?  
¿Qué es de Córdoba en el día,  
Donde las ciencias hallaban  
Noble asiento,  
De las artes a porfía  
Por su gloria se afanaban  
Y ornamento?  
¿Y Sevilla? ¿Y la ribera  
Que el Betis fecundo baña  
Tan florida?  
Cada ciudad de éstas era  
Columna en la que está España  
Sostenida.*

La coincidencia temática entre Manrique y Abul Beka ha sido señalada ya de viejo. La acentúa don Juan Valera en esta traducción en la cual adopta el mismo metro de las "Coplas". Afirma:

"La semejanza que hay entre muchos rasgos y pensamientos de esta composición y las famosas coplas de Manrique, no puede, en mi sentir, considerarse como una mera coincidencia. Así pues, yo creo que Jorge Manrique hubo de conocer e imitar los versos del poeta arábigo rondeño. Esta idea que tuve me movió a traducir la bellísima elegía de Abul Beka en el mismo metro y con la misma combinación de las coplas citadas." (22)

Años antes había hecho una traducción en prosa el señor León Carbonero y Sol, a la sazón catedrático de árabe de la Universidad de Sevilla. Carbonero y Sol, al publicar su traducción, hizo largos comentarios comparando ambas elegías, y afirmando que Manrique imitó a Beka. Aun cuando no hemos visto tal comentario, no nos es difícil hacer una comparación entre ambas composiciones:

El árabe dice:

*En todo terreno sér  
Sólo permanece y dura  
El mudar.*



*Lo que es hoy dicha o placer  
Será mañana amargura  
Y pesar.*

Que tanto nos recuerda a la copla de Manrique, cuando dice:

*¡Cuán presto se va el placer,  
Cómo después de acordado  
Da dolor!  
¡Cómo a nuestro parecer  
Cualquiera tiempo pasado  
Fue mejor!*

En ambos se encuentra el mismo motivo de la vida corta y andariega, el caminar eterno hacia el olvido, que es el morir:

*Nuestras vidas son los ríos  
Que van a dar a la mar  
Que es el morir.  
Manrique.*

*Es la vida transitoria  
Un caminar sin reposo  
Al olvido.  
(Abul—Beka)*

Y aunan sus voces los dos andaluces de las dos Españas, para invocar el esplendor de pasadas grandezas:

**MANRIQUE**  
*¿Qué se hizo el rey don Juan?  
¿Los infantes de Aragón  
Qué se hicieron?  
¿Qué fue de tanto galán  
Qué fue de tanta invención  
Como trajeron?  
Las justas y los torneos,  
Paramentos, bordaduras  
Y cimeras,*

*¿Fueron sino devaneos?  
¿Qué fueron sino verduras  
De las eras?*

**ABUL BEKA**

*Con sus cortes tan lucidas  
Del Yemen los claros reyes  
¿Dónde están?  
¿En dónde los Sasanidas,  
Que dieron tan sabias leyes  
Al Irán?  
Los tesoros hacinados  
Por Karún el orgulloso  
¿Dónde han ido?  
De Ad y Témud afamados  
El imperio poderoso  
¿Do se ha hundido?*

¿Qué más se puede pedir? Y de ese poeta arábigo andaluz dijo un crítico que estaba muerto y enterrado, definitivamente enterrado. ¿Cómo puede enterrarse tanta belleza, llama que siempre arde, fénix que no envejece?

He aquí esta cumbre de dolor:

*Llorado hubiérais sin duda  
al verlos, entre gemidos  
Arrastrar  
La férrea cadena dura  
Yendo para ser vendidos  
Al bazar.  
A la madre cariñosa  
Allí del hijo apartaban  
De su amor.  
¡Separación horrorosa  
Con que el alma traspasaban  
De dolor!  
Allí doncellas gentiles*



*Que al andar perlas y flores  
Esparcían,  
Para faenas serviles  
Los fieros conquistadores  
Ofrecían.  
Hoy en lejana región  
Prueban ellas del esclavo  
La amargura  
Que destroza el corazón  
Y hiere la mente al cabo  
Con locura.  
Tristes lágrimas ahora  
Vierta todo fiel creyente  
Del Islam.  
¿Quién su infortunio no llora  
Y roto el pecho no siente  
Del afán?*

Y en ese tono altivo continúa, hasta el final de la elegía.

FINAL.— Hemos querido mostrar en ese breve ensayo algunas de las formas y excelencias de la lírica árabe española. Hemos sido unos enamorados de las glorias de esta etapa de la Historia de España. Quizás por eso hayamos escrito encendidos de pasión. Asomarse al cielo de la poesía árabe andaluza, es descubrir miríadas de mundos de maravillas. Otros lo harán con más fortuna que nosotros.

(1) "...El estudio de su lengua la más rica en voces, la más armoniosa de la tierra, la que por la composición de sus versos puede seguir todos los vuelos de la imaginación, que por la armonía de sus sonidos reproduce el grito de los animales, el gorjeo de los pájaros, el murmullo del agua corriente, el zumbido del viento y el estallido del rayo" Joaquín Guichot "Historia General de Andalucía" Tomo 2. Edición Perie, 1870.

(2) Había nacido en la Mecca el 27 de abril de 570, hijo de Abd—Allah y Ausinn. Huérfano tempranamente, quedó bajo la tutela de su abuelo Abd—el—Montaleb, y de ahí, a la de su tío Abu—Taleb. Aquí hizo amistad con grandes príncipes y conoció a Cadiga, quien, tras ponerle al frente de sus negocios, casó con él. Cadiga era rica y viuda, lo ayudó mucho y lo acompañó en su misión mesiánica.

(3) La existencia de este personaje es muy discutida, así como las circunstancias de su traición.

(4) Adolfo Federico Schack: "Poesía y Artes de los Arabes de España". Traducción de Juan Valera. Editorial Centauro.

- (5) "El inmenso desierto se extiende desde las orillas del Mar Rojo al Eufrates y el golfo Pérsico; y desde las costas de Yemen y del Daramant, hasta la Siria".
- (6) Este dato es recogido por Schack de las crónicas árabes.
- (7) Siete de estos cantares premiados, que se conservan aún, constituyen las famosas Muallakat.
- (8) A. Lamartine "Cursos Familiares de Literatura". Tomo 3. Editorial Sevilla.
- (9) Los nombres árabes de estos dos médicos son: Abu-Beker Mohamed Ibn Zakhauriya Ar-Razi (Razís) y Abh Ali a-Husain Ibn Abdullah ibn Sina (Avicena)
- (10) Tal sucede con las siguientes palabras: Alcohol, alfalfa, almirante, arsenal, almohada, cifra, álgebra, cero, cenit, jarabe, julepe, etc.
- (11) Howard W. Haggard. "El Médico en la Historia". Ed. Sudamericana.
- (12) Unos autores afirman que Mahoma tuvo por maestro a un cristiano de nombre Caín; otros que fueron dos esclavos cristianos cuyo oficio era el de librereros. Pero no fueron otros, según la opinión más socorrida, sino dos armeros de la Meca, de nombre Haber y Jafer, quienes no sólo lo instruyeron, sino que le ayudaron a escribir el Corán.
- (13) En el prefacio a una edición del Corán.
- (14) "El Corán", en "Libros Sagrados de Oriente" Editorial Oriente.
- (15) "Himnos védicos" en "Libros Sagrados de Oriente" Editorial Oriente.
- (16) R. Dozy "Historia de los musulmanes en España". Tomos 2 y 3. Traducción de Magdalena Fuentes, 1920.
- (17) Todos los poemas rimados que veremos en adelante son de la obra de Schack, traducidos por Juan Valera. Tienen el inconveniente de que son vertidos del árabe al alemán, y de éste al español con lo cual pierden mucho de su galanura, y a veces hasta su prístino significado.
- (18) Léase el trabajo de Dámaso Alonso que citamos más adelante.
- (19) "Cantar de los Cantares", Cap. 4 vers. 5. De la traducción de Cipriano Valera.
- (20) "Poesía árabe-andaluz y poesía gongorina", por Dámaso Alonso, en su libro "Ensayos sobre poesía española", Revista de Occidente. Buenos Aires.
- (21) Coincidencias establecidas por Dámaso Alonso.
- (22) Llamada I, al capítulo VIII de la citada obra de Schack.

MARIANO LEBRON SAVIÑON: Poeta perteneciente al movimiento de "La Poesía Sorprendida", doctor en medicina y profesor de Literatura en la UNPHU. Dirección particular: Casimiro de Moya, 8. Santo Domingo.